

seguía intacta pese a su edad avanzada. Después de estas elecciones asistió a algunas sesiones académicas gozando del aprecio de la inmensa mayoría de los académicos. Todos los miembros de la Junta Rectora apreciábamos sus consejos llenos de prudencia y sabiduría en los primeros meses de nuestro mandato, momentos difíciles, hoy por suerte superados.

Gozaba con las publicaciones que, sobre el bello pueblo de Zuheros yo he ido publicando en los últimos años, rememorando así sus juveniles años de vida en esta pintoresca villa cordobesa. Su prodigiosa memoria, conservada hasta los últimos días de su vida, le permitían recordar detalles de la geografía zuhereña, de la vida política de principios de siglo y de importantes acontecimientos de nuestra Real Academia de hace muchos años.

Cuando los actuales miembros de la Junta Rectora de la Academia le visitamos gozábamos de su amena conversación. Nos contaba anécdotas de la vida cordobesa de la que él fue testigo singular durante casi un siglo.

Hoy su recuerdo permenece vivo entre nosotros, personalmente le recordaré siempre como un gran amigo. Estoy seguro que Dios le habrá premiado en la otra vida por su valentía al luchar durante muchos años por la justicia y la libertad. Sus hijos y nietos que hoy han tomado el relevo en el ejercicio de la abogacía pueden recordarle con orgullo pues fue capaz de sacrificarlo todo por defender a los humildes y perseguidos. Fue un gran abogado y un hombre de bien. Que Dios le haya dado el descanso definitivo a su alma.

**Antonio ARJONA CASTRO**

\*

**D. JOSE LUIS FERNANDEZ DE CASTILLEJO,  
HOMBRE DE BIEN**

El artículo 22 del Reglamento establece: «cuando ocurra el fallecimiento de algún Académico Numerario se verificará una sesión especial dedicada al mismo, en donde se leerá la necrología del finado, por el Académico que designe la Corporación, y en su defecto por el Secretario». Y bien es verdad que esta norma, por expreso deseo de esta Casa, se ha ensanchado esta noche, permitiendo la intervención plural, y a buen recaudo, porque no han sido uno sino tres y conmigo cuatro, los que le hemos dado existencia, en memoria, claro está, de un hombre, un

caballero, un académico ejemplar, como lo ha sido hasta el presente José Luis Fernández de Castillejo y Jiménez.

Observen Vdes. como no empleo el pretérito indefinido, el «fue», sino el pretérito pasado, el «ha sido», y ello porque aun permanece en este salón su porte distinguido, su habla cordial, su galanura, su sonrisa de hombre cabal, de señor y amigo.

Poco tiempo tuve la dicha de estrechar mis lazos de amistad. Fue un día incierto de ese frío mes de diciembre, cuando los amigos que presentamos la candidatura sobre la que recae en esos momentos la responsabilidad histórica de la Real Academia de Córdoba, fuimos a visitarle a su domicilio, a pedirle su voto, sin más carta de presentación que nuestra osadía y nuestra intemperancia. Entre los que acudimos a su casa aquel día estaba el Dr. Arjona, en cuyo bagaje llevaba el añorado paisaje de Zuheros, de la lozanía, de la juventud de D. José Luis. Llamamos a la puerta, dijimos quiénes éramos, y no nos hizo esperar. Como un hidalgo de la pintura del Greco, apuesto, elegante, sobrio, sereno, salió personalmente a recibirnos y nos franqueó la entrada. Jamás olvidaré la cordialidad que nos mostró desde este primer instante en el que se abrieron no las puertas de su casa, sino las de su corazón. Hablamos aquella tarde de todo y de nada, bueno, de casi nada, o mejor de casi todo, porque queríamos pedirle que nos votara, que acudiera tal día como pasado mañana de hace dos años, a la Real Academia, el día de la elección. Y allí se presentó, ante la sorpresa de muchos, y la certeza de pocos. Sabíamos que no podía fallar. Lo había prometido. Lo cumplió. Y lo cumplió fielmente.

Fue el principio. Aquella noche su satisfacción fue grande. No había vencido una candidatura, que había cosechado más o menos votos. Había vencido la razón y la amistad. Y él se alegró —nos lo repetiría muchas veces después— porque sabía que teníamos un deseo muy hondo: velar por los destinos de esta institución, corregir sus defectos, mejorar sus aciertos, en definitiva, continuar con la tradición, con Córdoba cargada al hombro, con el nombre de Córdoba en las sienes y en el corazón.

Volvíamos muchas veces a su casa, ora a darle las gracias por su confianza, ora a felicitarle por su onomástica, ora a llevarle el Boletín, ora a hablarle de Zuheros, o del Rey, o de las Navidades, o de los compañeros... Su respuesta fue siempre la misma. La del aliento, la de la simpatía, la de la confianza, la del buen hacer. Ni una palabra disonante, en ese admirable hombre de convicciones, que fue y es, porque su recuerdo permanece entre nosotros. Hemos sabido después todos que la Academia le dio vida. Entonces y después. Que su nombre le alumbró el pensamiento, que su prestigio le encorajó en el foro, le animó en la lucha, le temperó en la adversidad. Como hombre de foro y toga supo de sus encantos y sus desencantos, de su diario vivir, de su continuo soñar.

Mucho agradecería esta Casa que en sus desnudas paredes colgara un lienzo de su semblante. Particularmente lo agradecería. Su recuerdo nos impulsa a seguir en la tarea. ¿Dónde fueron sus pleitos y dónde su correspondencia? ¿Dónde están sus libros y dónde sus querencias? A fuer de sinceros, nada nos importa de lo material. Ese león ibérico que vigila la entrada de la casa, es el mejor testigo de su indómita memoria. D. José Luis Fernández de Castillejo pasará a las generaciones futuras de la Academia como un sabio varón, un hombre de preclara inteligencia, un honrado patricio, un compañero virtuoso. El calor de su mano sigue alentando la nuestra. Su pérdida ha sido tan grande como su benevolencia. Supo de la escasez y de la abundancia de lo difícil y lo fácil, del amor y del desamor, de la amistad y de la enemistad, y no se le nubló la vista, ni le alteró su ritmo la desgracia y el sinsabor.

Perteneció a la estirpe de los elegidos, de los doctos, de los instruidos. Fue un hombre del siglo XX, con la semblanza del XIX. Fue un hombre de bien.

Permitidme unas estrofas de los clásicos, que pongan fin a mis palabras.

Su luz, al derredor do estoy presente  
alumbra en un instante cuanto veo,  
mudándolo en color claro y luciente.

Si este tal fuego hurtara Prometeo,  
cuando quiso alegrar la mortal gente,  
tuviera gran disculpa su deseo.

Otras cosas habrá que las callamos,  
porque tan buenas son para hacerse,  
que pierden el valor si las hablamos.

Porque tiempo es, en fin de recogerse,  
porque haya más para otro mensajero;  
que si mi cuenta no ha de deshacerse,  
no será, yo os prometo, éste el postrero.

**Manuel PELAEZ DEL ROSAL**